



# Postconvencionales

No. 3, marzo 2011, pp. 1-3. ISSN 2220-7333.

ESCUELA DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ADMINISTRATIVOS



## En busca de la democracia... a través de la pedagogía crítica

Es un gran placer para mí haber actuado como editor invitado para este tercer número de *Postconvencionales*, cuyo tema central versa sobre *democracia y pedagogía crítica*. ¿Cuál es la conexión entre la democracia y la pedagogía crítica? Quizás sería más apropiado comenzar preguntándonos qué es la democracia y qué es la pedagogía crítica. ¿Por qué es importante examinar, diagnosticar, criticar a la democracia? ¿Cómo se debe entender la democracia en nuestra época de comunicación instantánea, de intercambio de saberes, de los valores pretendidamente universales de la mundialización? ¿Y qué papel juega la educación en la construcción de las democracias actuales? En el dossier de este número, colectivamente, presentamos algunas ideas, argumentos y perspectivas que pueden ser útiles al buscar respuestas para estas interrogantes.

El pensamiento del ya desaparecido Paulo Freire —llamado por algunos “el abuelo de la pedagogía crítica”— aún tiene un especial valor para estos debates. También son valiosas las obras de Joe Kincheloe, quien nos dejó en 2008, Henry Giroux, Peter McLaren, Donaldo Macedo, Bell Hooks, Antonia Darder, Shirley Steinberg y otros que han estudiado las realidades de los marginados, de las minorías, de los indígenas, de las clases sociales oprimidas y otros temas relacionados con el funcionamiento del poder en nuestras sociedades. Además, dentro de lo que podemos considerar la pedagogía crítica contemporánea, hay quienes estudian la paz, el medio ambiente, el racismo, el sexismo, las relaciones interculturales, la comunicación, la tecnología, la sociolingüística, la construcción de la identidad... Conformando así toda una gama de perspectivas, de metodologías, y de líneas de investigación que, en conjunto, en vez de representar una simple teoría o tendencia académica constituyen más bien un movimiento.

Pero si bien la influencia de Freire aún es evidente, nótese que los nombres que acabo de mencionar provienen de América del Norte. De modo que es claro que ese movimiento que empezó en Brasil continúa desarrollándose y expandiéndose. Justamente por eso, uno de los propósitos del dossier o tema central de este número fue invitar a un intercambio de perspectivas, investigaciones y realidades entre el Norte y el Sur. Un intercambio que tal vez contribuya a desarrollar redes de investigación y de solidaridad, así como a contrastar nuestras diferentes realidades —¿en qué se diferencian? ¿y por qué? ¿y qué podemos aprender unos de otros?— o a desarrollar el conocimiento a diversos niveles, más allá de la mera geografía.

Esto implica, en particular, examinar o ser críticos ante nuestra propia epistemología. Reconocer los alcances y límites de nuestro conocimiento, y sus vinculaciones con los

alcances y límites de nuestras experiencias o vivencias. El idioma, por ejemplo, tiene una influencia crucial. Esto es muy claro en mi país, el Canadá, donde se experimentan diferentes realidades según dónde se vive y qué se habla. La comunicación cotidiana, el trabajo, las películas, los libros, las informaciones oficiales e informales... todo viene marcado por el prisma de las lenguas. Claro, no se trata de una pared infranqueable, pero sí de una dinámica problemática que afecta decisivamente lo que creemos, lo que sabemos, y lo que creemos saber. ¿Qué creemos o sabemos en el Norte sobre el Sur? ¿Y viceversa? ¿Qué creen o saben los brasileños de los argentinos, o viceversa? ¿Qué creen o saben, en cualquier latitud, los ricos de los pobres, y viceversa? Pero claro, el idioma no es el único factor relevante. Hace cincuenta años, la realidad de las personas de raza negra en los Estados Unidos era muy diferente a la actual. Así como la de las mujeres, o la de los homosexuales... ¿Qué fue lo que cambió? ¿Cómo podemos o debemos seguir cambiando? Por otro lado, hay cosas que no parecen haber cambiado. Respecto a su política extranjera, por ejemplo, la mayoría de la población estadounidense no sabía, ni sabe aún, lo que su gobierno hace en América Latina ni en otras regiones. De hecho, los Estados Unidos tienen casi 800 bases militares en cien países, y dedican más o menos un billón de dólares cada año en gasto militar. Pero la mayoría de los norteamericanos no saben eso o no les preocupa, a pesar de toda la pobreza y problemas sociales que también hay en su país. ¿Cómo entender esta falta de comunicación, de compromiso, de acción, de solidaridad? ¿En qué forma o medida tienen que ver todos estos cambios o falta de cambios con la educación?

Mi concepción de la democracia, una concepción coloreada por la pedagogía crítica, requiere plantearse estas y otras preguntas. La democracia, desde hace unos cuantos años, es considerada como *la verdad*. Pero ¿cuál es esa verdad?, ¿basada en qué?, ¿según quien?, ¿o a favor de quién? Si no hay un proceso de participación activa y dialéctica de la gente, a fin de entender cómo funciona el poder y la desigualdad, allí no hay verdad, en el sentido más pleno de la palabra.

Desafortunadamente, hoy por hoy la visión normativa o hegemónica de la democracia se limita a equiparar la democracia con la realización de elecciones. Sin embargo, las elecciones plantean múltiples problemas: la corrupción, el papel del estamento militar, apoyos foráneos a dictadores, la influencia del dinero, la falta de transparencia en los organismos electorales, la falta de democracia al interior de los partidos políticos, el papel de los medios, y otros problemas conectados al desconocimiento de derechos humanos que pueden coexistir tranquilamente con la Constitución de cada país. ¿O es que acaso lo que diga la Constitución es la verdad? Recordemos, al menos, que los hombres que escribieron la Constitución de los EE UU eran hombres, blancos, y propietarios de esclavos... Con esto no quiero decir que el pueblo no debería ser quien decida; todo lo contrario, lo que quiero decir es que justamente por eso necesitamos cuestionar el funcionamiento real del poder, precisando dónde, cómo, cuándo, por qué o para quién funciona. La participación del pueblo no puede darse solamente durante las elecciones, entre otras cosas porque éstas no siempre son creíbles para las mayorías.

Por eso mismo resulta tan fundamental la educación a todos los niveles para cultivar una democracia. Necesitamos aprender a criticar, a debatir, a cuestionar, a solidarizarnos, a

proponer y a modelar lo que queremos como sociedades, tanto a nivel local como global. Hay una conexión directa entre nuestras acciones —o falta de acciones— y lo que se vive en otros lugares del mundo. Pero según mis propias investigaciones en cuanto a la democracia y la educación, es preocupante enterarse de que mucha gente en las escuelas —maestros, directores, administradores— no tienen lo que podríamos llamar una conceptualización *densa* o *amplia* de la democracia. Ellos, por lo general, no tuvieron una experiencia muy democrática durante su propia educación, y además dicen que prefieren no enseñar temas controversiales o plantear debates políticos por el temor de que les acusen de estar incurriendo en un adoctrinamiento. Además, tanto en América del Norte como en otros lugares de Occidente, la tendencia neoliberal insiste sobre los logros estrictamente académicos... haciendo totalmente a un lado todo lo que tenga que ver con la justicia social, el pensamiento crítico o una auténtica democracia. Por supuesto, no es que no haya ningún maestro, escuela o padre intentando vincular la democracia y la educación de manera densa o amplia, sino que hay una presión muy poderosa y evidente para limitar las reformas educativas a asuntos que ni por asomo vayan a afectar el funcionamiento de los negocios o del libre mercado.

En fin, para concluir, regreso a Freire. Paulo consideraba a la justicia social como piedra angular de la sociedad, y por eso insistía en lo que él llamó “concientización”. Ciertamente, la terminología ha cambiado, en algunos sentidos, pero la necesidad de reflexionar sobre la relación entre opresores y oprimidos, entre los que comen y los que no, entre los que hacen la guerra y los que la padecen, o entre los que discriminan y los que son discriminados... esa necesidad sigue planteada. Así como sigue siendo necesaria una alfabetización política, una clase de educación que, al examinar los verdaderos resortes del poder, nos permita alcanzar una comprensión más densa o amplia de la democracia.

Paulo advirtió, además, que no lo sabemos todo y nunca podremos aprenderlo todo. Pero que aceptando, con humildad, que no lo sabemos todo, se nos abre la ocasión de aprender de otros. Ésta ha sido, en definitiva, la meta del dossier que aquí he coordinado. Aceptando que no lo sabemos todo sobre la democracia, plantear y aprovechar una oportunidad para aprender unos de otros, a través de diversos continentes, países, disciplinas, ideologías y biografías.

Paulo habló del *amor radical*, esta posibilidad de extenderse más allá de lo imaginario. No sabemos todo, y nunca podemos aprender todo.

Como hombre, yo puedo aceptar que no puedo saber todo sobre la existencia de la mujer; como blanco, yo puedo aceptar que no puedo saber todo sobre la existencia del negro; como alguien del Norte, yo puedo aceptar que no puedo saber todo sobre la existencia de mis hermanos del Sur. En realidad, hay muchas identidades, experiencias, realidades, perspectivas... En este número especial, espero que podemos avanzar el debate, el conocimiento, y el intercambio. No buscamos una respuesta. Buscamos, espero, varias dimensiones de la verdad, de la paz, del amor... y la democracia.

*Paul R. Carr*  
Editor invitado  
Lakehead University, Orillia